

cindibles en el puesto que se pretende ocupar. Esto acontece porque prevalece todavía la idea de que el cargo es el que enaltece al hombre, apesar de estar probado hasta la saciedad que, es el hombre el que, por sus aptitudes y condiciones personales, enaltece el cargo. Cuando los candidatos están imbuidos por aquel error, una vez elegidos ven ya satisfechas todas sus aspiraciones dando por terminada su misión y en consecuencia los electores tardan poco en ver convertidos sus entusiastas esperanzas en enervantes decepciones. Ciñéndonos á los concejales, que son los que más inmediatamente interesa á los pueblos que, á su honorabilidad, reúnan todas las necesarias condiciones, para que su gestión en el Municipio reporte á sus representados las ventajas de una recta y sabia administración, hay que convenir que, para su elección, se incurre en grandes equivocaciones, á las cuales se reincide frecuentemente, por no querer recordarlos de una vez á la otra.

Todos sabemos lo que significa en nuestro país el periodo electoral. No entran como factores del movimiento los grandes ideales de la moderna cultura, ni las más modestas aspiraciones de un bienestar económico y social para la localidad que prepare y nutra el espíritu de acometividad para mayores empresas. Electores y candidatos suelen entrar en él sin preparación alguna; todos carecen de un programa verdad; ni los primeros saben aprestarse debidamente para elegir un personal que sea garantía de cumplimiento de sus justas aspiraciones, ni los segundos, muchas veces, conocen siquiera los deberes que impone el cargo que solicitan, entregados á su personal ambición y ocultando bajo el follaje de pomposas é irrealizables promesas, la nulidad de su historia y de sus medios de acción. Como es natural, de esta confusión resultan á veces victoriosos los que de otra manera serían vencidos, porque el triunfo se debe, no á la meditación y estudio del problema que tales elecciones significan, sino á la habilidad, desenvoltura ó astucia particular de los aspirantes. La consecuencia lógica de estos procederes, ha de ser para el bien local y general un irremediable fracaso, perfectamente demostrado en el triunfo electoral de los populares en las pasadas elecciones municipales. La responsabilidad moral de tal fracaso incumbe por igual á electores y elegidos, ya que ni los unos supieron imponer su voluntad, sus legítimos aspiraciones, sus sentidas necesidades, ni los otros han logrado demostrar su sentido práctico para satisfacerlas, ni grandes iniciativas y entereza para sustraerse á los obstáculos que pudieran oponerse á su cumplimiento.

* * *

No está lejano el día en que el cuerpo

electoral será llamado otra vez, para que designe nuevamente á sus representantes en el Congreso de los Diputados. No hay duda que del resultado de tales elecciones, dependen importantes problemas locales y altos intereses nacionales. Lo ocurrido en las pasadas elecciones municipales ha de eleccionarnos para preparar convenientemente las que se aproximan, invirtiendo en lo posible los términos del asunto, ó sea procurando que no sean precisamente los candidatos los que se crean autorizados para hacer su reclamo recitando ante los electores un programa más ó menos sonoro, pero casi siempre hueco ó indefinido, sino que sean los electores, sus entidades económicas, políticas y sociales las que unidas y compactas, antepongan á toda otra idea la del bien común, que es de rechazo el bien particular de la generalidad y formulen el verdadero programa y elijan con exquisito cuidado de entre los candidatos al que por sus méritos adquiridos, por su probidad, aptitudes y buena fé demostradas puedan merecer una sólida confianza á manera de un verdadero concurso. Y al citar la palabra *concurso*, perdónenos el lector si se nos va la pluma para recomendar á los populares que se dignen estudiar el significado de esta palabra, por si han de tomar parte en el que proponemos, ya que tan mal demostraron conocerla poco tiempo hace.

Este es el camino práctico que conduciría seguramente á una acertada elección y por consiguiente á un verdadero éxito para los intereses legítimos del país. De otra suerte, el ruido que se produce en periodos electorales podrá ser grande, pero sus beneficios resultan tan exiguos, que bien podríamos equiparar entonces al artificioso movimiento de la opinión al conocido *mons parturiens et macetur ridiculus mus*.

N.

Las plagas sociales

(Continuación.)

A este mal, añadamos el *analfabetismo* de que el pueblo español desgraciadamente está poseído.

El ciudadano que carece de ilustración, nunca podrá darse cuenta de sus derechos. La *instrucción* hace ciudadanos aptos para el bien de la sociedad y de la patria; la *ignorancia* siervos ó lo que vulgarmente llamamos carne de cañón!

En todas las naciones que se precian de cultas y libres, sus ciudadanos aman, conocen y respetan las leyes; pues parten del principio que es en vano acome-

ter la colosal empresa de regenerar un pueblo, si su inteligencia no está preparada.

El hombre, no sólo debe conocer, amar y respetar su naturaleza, haciéndola efectiva según los elementos que le son propios, sino que también debe cultivar su inteligencia fomentando su desarrollo.

La luz, ó sea la instrucción, produce efectos grandes y maravillosos en el corazón del hombre. De otra manera, es vivir como ciegos entre tanta luz, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores frios y congelados ante los ardores y resplandores, que ante nosotros presenta la Ciencia.

Es preciso desterrar de nuestros lares, tanta ignorancia, y para ello de la clase obrera que es la más atacada de este mal, desechar de sí todo lo que es contrario á su instrucción, aplicándose al estudio y fomentando todas aquellas entidades ú obras que tiendan á su ilustración y regeneración por medio de la enseñanza. Busque el obrero la luz de su inteligencia en Ateneos, Liceos, Conservatorios, Museos, Exposiciones y Certámenes; pues para que un árbol crezca robusto y dé buen fruto, es preciso plantarlo en campo labrado y limpio de abrojos. De otra manera, si sólo atiende y satisface sus pasiones y vicios, lentamente, pero con una precisión aterradora, irá á sepultarse en un cenagal sin fondo, en un abismo sin salida, ¡la degradación!

La obra de la redención, quiere obreros inteligentes, no trabajadores ignorantes; no quiere esclavos ni fuerza bruta, quiere ciudadanos libres é ilustrados!

El que ansia y busca la *libertad*, no debe ir á por ella á las barricadas ni por la violencia á ella, se llega más pronto por la instrucción; pues la cultura y la ciencia hace á los hombres, libres, á las naciones, poderosas y fuertes!

El obrero ignorante, se degrada y es toda su vida esclavo; el inteligente, el instruido, no sólo dignifica la clase, sino que es libre y buen ciudadano!

Primero debemos aprender á ser hombres instruidos, después ejercitémonos en nuestro oficio ó profesión; con ello llegaremos á ser buenos ciudadanos, inmejorables padres de familia!

* * *

Pues bien; para tocar estos resultados beneficiosos en el orden político, social y moral, es preciso combatir estas dos plagas sociales; hacer que las *clases neutras* salgan de esta indiferencia suicida (que me hace prever un porvenir lleno de tinieblas y un horizonte preñado de tempestades y cataclismos que acabarán con lo existente, derrumbando la obra social), y procurar por todos los medios legales, enseñarles á anteponer, á sus